

Juana, sirvió únicamente á precipitar su catástrofe y á hacerla mas trágica; porque noticioso su feróz vencedor de la próxima llegada del duque de Anjou, envió á la fortaleza donde estaba encerrada cuatro húngaros, satélites que obedecian ciegamente sus órdenes parricidas (1). Entraron en la capilla del castillo á tiempo que la desgraciada Princesa, combatida de la mas cruel incertidumbre, oraba fervorosamente en presencia del Señor; y sin respetar la santidad del lugar ni la dignidad de la persona, asieron de ella y la quitaron la vida ahogándola ó sofocándola entre dos almohadas, el dia 22 de Mayo de 1380. Tal fue el término horroroso del primer paso que dió Cárlos de la Paz en el camino del crimen, contra las reclamaciones de la naturaleza y de la conciencia; y tales son por lo comun los efectos del desprecio de los remordimientos. Despues de esto, cerró Cárlos los oidos á la voz de la virtud y del honor; pues habiéndole desafiado el duque de Anjou cuerpo á cuerpo para dar fin á su querrela á vista de los dos egércitos, envió en calidad de Rey de armas á un asesino diestro en su arte, y famoso por haber dado cuenta de muchos personages con una especie de venablo envenenado (2). Fue descubierto el malvado, y habiendo confesado su delito, se le impuso la pena capital.

22. Luego que supo el duque de Anjou la muer-

(1) *Neim. lib. 1. cap. 25.* (2) *Hist. anon. t. 1. p. 46. = J. Juv. p. 23.*

te de la Reina su bienhechora, se hizo proclamar Rey de Sicilia y de Jerusalem, y conde de Provenza; y para ganar mas y mas la confianza del conde de Saboya, que servia en su egército, le dió el principado del Piamonte, una de las mejores porciones de la herencia de la Reina Juana. Despues se adelantó rápidamente por las llanuras de la Lombardia y por el territorio de la Iglesia. Siguiendo su camino y no perdiendo de vista el interés del Papa Clemente, debia ir en derechura á Roma; pero mas ocupado con su conquista que con la estincion del cisma, hizo un rodeo, y entró en el reino de Nápoles (2). Entretanto, temiendo el Papa Urbano las consecuencias de semejante espedición, publicó una bula llena de anatemas contra el duque y sus asociados, y concedió la indulgencia de la tierra santa á todos los que tomasen las armas en defensa de la Iglesia y de la ciudad de Roma. Del mismo modo trató al Rey Juan I de Castilla por haberse declarado algunos meses antes á favor de Clemente: lo que escitó el desprecio y la indignacion contra un entusiasta atrabiliario que pretendia confundir su interés personal con la causa de la Religion.

Siguiendo Cárlos de la Paz un plan análogo á su carácter, tomó el partido de talar los campos, de inquietar al egército francés, y de evitar cuidadosamente toda batalla campal. No podia menos de salirle bien este artificio contra unos estrangeros transportados á un clima tan diferente del suyo, y

(1) *Rain. ann. 1382. num. 3.*

donde por otra parte les era imposible reparar sus pérdidas. La ciudad de Bari y algunas otras plazas menos considerables se habian entregado á los franceses; y se manejó Cárlos con tanto acierto, que pasaron allí dos años enteros con una escasez de víveres tan grande, que en el segundo llegó á ser intolerable. El duque vendió hasta las últimas piezas de su vagilla, y aun la diadema que habia llevado para la ceremonia de su coronacion. Nada fue capáz de impedir que sobreviniese el hambre, la cual produjo el contagio, y éste acabó con gran número de oficiales y soldados. Añadiéndose á esto los calores del verano, se aumentó la fuerza de la epidemia. No se libertó de ella el Príncipe, y murió á 20 de Setiembre de 1384 con unos sentimientos de cristianismo y de heroismo que solo necesitaban de mejor causa para llenarle eternamente de gloria y de méritos. Su hijo mayor Luis, que tenia á la sazón siete años, le sucedió en el título de Rey de Sicilia y en el condado de Provenza, bajo la direccion de su madre María de Bretaña.

23. Mientras que el ejército francés se consumia en Italia, enredó tanto Urbano VI estendiendo hasta Inglaterra el abuso de la potestad de las llaves, que valiéndose del obispo de Norwik, prelado guerrero y ciudadano revoltoso, suscitó en aquel pais una cruzada contra Francia: medio mas que inútil para avivar la rivalidad y la antipatia entre las dos naciones. Spencer (así se llamaba el prelado) juntó todos los batallones que quiso, y recogió tanto

dinero á cuenta de los beneficios y de las limosnas que se dieron por la concesion de indulgencias, que resultó una suma de dos millones y quinientas mil libras tornesas (diez millones de reales); cantidad prodigiosa para aquellos tiempos (1). Todos se despojaron de sus bienes y alhajas para contribuir á lo que llamaban la buena obra, esto es, para exterminar á los franceses: las señoras inglesas prodigaron sus pedrerías. Sin embargo, produjeron poco efecto estos preparativos, pues aunque se embarcaron las tropas y tomaron tierra en Calais, volvieron las armas contra los flamencos, en vez de entrar en Francia, á pesar de que aquellos eran de la obediencia de Urbano, del mismo modo que los ingleses. El Monarca francés no perdió un momento en acudir al socorro del conde de Flandes que era su vasallo; de modo que mientras los urbanistas acometian á los pueblos de su comunión, socorrian los clementinos á los urbanistas. Los cruzados de Inglaterra, dirigidos por un obispo que solo tenia de guerrero el deseo de hacer mal, necesitaron de la clemencia del Monarca francés, el cual, á instancias del duque de Borgoña, que era uno de los gefes del ejército de Francia, se dignó concederles la libertad de volverse á su pais, despues de haberlos despojado de todo lo que habian invadido en Flandes.

24. Ricardo II que reinaba en la Gran Bretaña, tenia bastante que hacer en su casa para obstinarse

(1) *Vals. in Rich. II. = Frois. vol. 1. cap. 132.*

en inquietar á sus vecinos. Las facciones de los duques de Lancaster y de York, cuyo resultado fue la ruina del mismo Ricardo y el trastorno de todo su reino, se formaban insensiblemente por la ambicion y las intrigas de sus propios tios (1). Durante esta fermentacion que se llevaba todas las atenciones de los grandes y de muchos prelados, sembró Wiclef impunemente por todas partes las impuras y fecundas novedades que fueron la semilla de todas las heregias del siglo diez y seis. El año 1382, habiendo juntado el Rey su parlamento en Londres, tuvo aquel turbulento novador la audacia de enviar, con el colorido de reforma, á los señores que le componian, las proposiciones siguientes, como necesarias para la conservacion del estado: „El Rey ó el reino no deben obedecer á ninguna silla ó prelado que no esté indicado en la sagrada Escritura: proceder de otro modo es dejar á Jesucristo por el Anti-Cristo: no se debe enviar dinero á la corte de Roma, á la de Aviñon ni á ninguna corte estrangera, á no ser que esta obligacion se pruebe por la Escritura; los que le exigen son los lobos rapaces que la misma Escritura nos enseña á conocer por sus obras. Nadie, aunque sea cardenal ó tenga cualquiera otra dignidad, debe percibir ningun fruto de los beneficios de la Iglesia, si no reside en ellos, ó está ocupado útilmente en favor del reino, á juicio de los señores: el Rey debe exterminar los enemigos pérfidos del reino (estos en

(1) *Rain. num. 19. Valf. pag. 283.*

el sentido del heresiarca eran los que impugnaban sus errores): no se debe agobiar al pueblo con impuestos hasta que se haya echado mano de todos los bienes de la Iglesia, que son el patrimonio de los pobres, y deben emplearse en el socorro de sus necesidades; lo cual será útil al clero, pues de este modo tendrá que vivir segun la perfeccion de su pobreza primitiva. Cuando los obispos ó los párrocos caen manifiestamente en desgracia de Dios, puede y debe el Rey confiscar sus bienes temporales. El Rey no puede emplear á los obispos ó párrocos en ninguna funcion secular, sin ser unos y otros traidores á Jesucristo. No se puede prender á nadie por no haber cuidado de que se le absuelva de la escomunion.” Al mismo tiempo publicó Wiclef otras proposiciones aun mas escandalosas contra la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y exhortó á sus discípulos á que esparciesen indistintamente todos estos errores.

25. Como su doctrina era tan lisongera para el pueblo, y tan conforme á sus preocupaciones contra el clero, corrian mucho riesgo los superiores eclesiásticos si se empeñaban en reprimir su audacia. Habiéndole prohibido que predicase, y queriendo sujetarle el obispo de Lincoln, en cuya diócesis era cura párroco, fue tal el furor del pueblo, que intimidado el prelado no se atrevió á hacer nada. Costó la vida á la cabeza de la gerarquía Británica el haber intentado reducir, con la moderacion conveniente, no al mismo Wiclef, sino á su dis-

cípulo Juan Balle ó Valleé. Hacia ya mas de veinte años que este presbítero sedicioso iba de aldea en aldea, se ponía los domingos á las puertas de las parroquias cuando salía la gente de la misa mayor, y predicaba á los pueblos sin estar autorizado para ello, ó por mejor decir, lisongeaba sus vicios y su amor á la independencía, ensangrentándose contra los señores, así eclesiásticos como seculares. Les repetía sobre todo que no convenia dar diezmos ni presentar ofrendas, si el que los daba no era mas rico y menos virtuoso que el que los recibía. Fue escomulgado y estuvo preso varias veces por órden del arzobispo de Cantorberi; pero este prelado, que era Simon de Subduri, hombre de distinguido nacimiento y de gran benignidad, escrupulizaba de entregarle al brazo secular para que le juzgase con todo rigor. Despues de algunos meses de prision volvía á ponerle en libertad, y el perturbador empezaba inmediatamente á escitar nuevas rebeliones.

Un día se puso á probar que habiendo sido criados en un estado de igualdad todos los hombres, la esclavitud habia sido introducida por la tiranía y contra la voluntad de Dios. Sin embargo, las reliquias de esclavitud que subsistian entonces en Inglaterra y en Francia, estaban reducidas á algunas obradas que debían los aldeanos á sus señores, y á la contribucion que cobraban estos mismos señores en ciertos casos. Por consecuencia, esta esclavitud impropriamente tal, era muy diferente de la que estaba admitida entre las naciones antiguas, y

aun aquella no era contraria al derecho divino ni al natural; como se demostraba contra el novador por la ley de Moisés (1) y por los escritos evangélicos, en particular por los pasages en que San Pedro y San Pablo dicen á los fieles que cada uno debe permanecer en el estado en que fue llamado al cristianismo, y que los esclavos deben obedecer á sus señores aunque sean incómodos y fastidiosos (2). Y en efecto, los siervos de que aquí se habla no eran criados asalariados y libres, como lo son actualmente los nuestros, sino esclavos comprados con dinero, ó nacidos de ellos en la casa y á beneficio de sus señores.

Los sermones del wiclefista ignorante inspiraban el espíritu de independencía á la ínfima clase de los ciudadanos, y por consecuencia se dirigian visiblemente á la subversion de la sociedad legal. Pero es inútil detenerse en descubrir el plan de un sedicioso que no cuidó de ocultar sus ideas (3). „Este es el tiempo (decía al fin de sus declamaciones contra todas las potestades), este es el momento en que si quereis, podeis sacudir el yugo de toda dependencía. Ánimo pues, y no perdais una ocasion tan favorable. Deshaceos desde luego de los principales señores del reino, y despues de las justicias y demás magistrados; en una palabra, de todos los que pueden perjudicar al órden popular:

(1) *Exod. cap. 21. = Deut. cap. 11.* (2) *I. Corint. cap. 7. = Eph. cap. 6. I. Tim. cap. 7. I. Petri cap. 2.* (3) *Valf. pag. 275. = Froiss. vol. 2. cap. 74.*

quitadlos de en medio de vosotros, para que podais vivir en paz, y de este modo sereis todos iguales en libertad, en poder y en nobleza." Encantado el populacho con estas visiones, exclamó: „Juan será nuestro arzobispo y canciller del reino: solo él es digno de serlo: el que obtiene ahora estas dignidades es un traidor, es enemigo del pueblo, y es necesario cortarle la cabeza en cualquier parte donde se le encuentre."

Empezó el alboroto por la provincia de Essex. Esparciéronse los aldeanos por todas partes, y segun se iban acercando á los pueblos, enviaban á decir que todos sus vecinos, jóvenes y ancianos los siguiesen inmediatamente, tomando las armas que hallasen á mano, pues de lo contrario echarian sus casas por tierra y las incendiarian. En pocos momentos se juntaron hasta cinco mil hombres, armados de palos, de hachas y de espadas cubiertas de orin, y se aumentaron tan rápidamente de ciudad en ciudad, y de aldea en aldea, que eran doscientos mil cuando llegaron á Londres, donde entraron tumultuosamente el dia del Corpus. Atemorizado el Rey se retiró á la torre con el arzobispo de Cantorberi y el gran prior de los hospitalarios, que era al mismo tiempo tesorero general del reino, y no menos odioso que el prelado para la multitud de los rebeldes. Se introdujeron estos en la torre, y pasaron á la capilla, donde el arzobispo, que acababa de decir misa, estaba dando gracias, y los esperaba bien preparado para morir. „¿Dón-

de está ese traidor y ladrón?" gritaron al tiempo de entrar. Pero él les salió al encuentro con gran tranquilidad, y les dijo: „El Señor os llene de sus bendiciones, hijos míos: yo soy el arzobispo á quien buscáis, pero no un traidor y un ladrón." Le sacaron violentamente de la capilla, y le llevaron arastrando hasta fuera de las puertas de la torre. Allí, dando unos gritos horribles, le pusieron en medio de una infinidad de espadas desenvainadas, y habiéndose arrodillado el arzobispo, recibió ocho golpes, el último de los cuales le separó la cabeza del tronco. Del mismo modo mataron al gran prior, y poniendo las cabezas en la punta de dos picas, las pasearon por las calles.

26. Para separar á aquellos hombres furiosos, les prometió el Rey todo lo que quisieron; pero despues castigó á muchos de ellos, y entre otros al presbítero Juan Valleé, el cual sufrió el castigo reservado al delito de lesa magestad (1). Este ejemplo de severidad no estinguió el celo impío de los discípulos de Wiclef, puesto que el año siguiente al de la muerte de este fanático, Guillermo de Courtenai, que habia sido trasladado desde la silla de Londres á la de Cantorberi, congregó en 17 de Mayo un concilio en el cual fueron denunciados muchos errores sostenidos por los nuevos sectarios del wiclefismo. Pondré aquí los principales. „Jesucristo no está real y verdaderamente en el Sacramento de la Eucaristía. La substancia de pan y vino queda

(1) *Conc. tom. II. pag. 2052.*

en este Sacramento despues de la consagracion. No consta del Evangelio que Jesucristo instituyese la misa. El obispo ó sacerdote que están en pecado mortal, no pueden ordenar, consagrar ni bautizar. La confesion esterna es inútil al que está suficientemente contrito. Si el Papa es malo, es miembro de Satanás, y por consiguiente no tiene ningun poder sobre los fieles. Despues de Urbano VI no se debe reconocer ningun Papa, sino vivir como los griegos, cada uno por sus propias leyes. Es contrario á la sagrada Escritura que los eclesiásticos tengan posesiones temporales en bienes raices. Los señores legos pueden quitar á su arbitrio los bienes temporales á los eclesiásticos que son pecadores habituales, y los pueblos pueden corregir tambien á su arbitrio á los señores que pecan. Los diezmos son unas limosnas que los feligreses pueden retener por los pecados de sus párrocos, ó darlos á otros como mejor les parezca. El que está en pecado mortal no es señor temporal, obispo ni prelado. El sacerdote ó el diácono pueden predicar sin autoridad del Papa ni del obispo. Los que dejan de predicar ó de oír sermones á causa de la excomunion de los hombres, son traidores á Dios. Si un prelado excomulga al clérigo que apela al Rey, es tambien traidor á Dios, al Rey y al reino.”

Tal es la doctrina herética y sediciosa, que causó horror desde el punto en que se tuvo noticia de ella, y preparó las revoluciones funestas que affligieron á la Inglaterra, donde tuvo origen, mas

que á ningun otro pais de la cristiandad. El concilio de Londres declaró heréticas algunas de dichas proposiciones, y otras erróneas y contrarias á lo que enseñaba la Iglesia. El Rey Ricardo dió facultad á los obispos para prender á los que enseñasen ó sostuyesen estos errores, pero no se executó su orden; y á la verdad, un Príncipe tan débil que no sabia defender su corona, tampoco estaba en estado de sostener la Religion.

27. Por otra parte, la atencion del Papa Urbano estaba enteramente ocupada con las dificultades cada vez mayores que por razon de su genio intratable encontraba aun en su propio partido. Parecíale que Cárlos de la Paz no estrechaba bastante á su competidor, y que tardaba demasiado en poner á Francisco Prignano en posesion de los ducados de Cápua y de Amalfi. Marchó á Nápoles el impaciente Pontífice contra el dictámen de muchos cardenales y con gran disgusto de Cárlos. Pero luego que llegó, le pusieron guardias de vista, y debió considerarse preso, en medio de los honores que afectaban tributarle. Se le dió despues una satisfaccion, y no pasó mucho tiempo sin que se le coartase mas la libertad. Cuando parecia que iban á reconciliarse, se suscitaban nuevas disensiones, segun las perpetuas alternativas del indigesto Pontífice (1). En medio de estas variaciones, Bátilo ó Francisco Prignano se llevó por fuerza una religiosa de Santa Clara, y abusó de ella ignominiosa-

(1) *Thier. Niem. cap. 33.*